

EN EL OCTAVO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE ANTONIO MACHADO*

A los ocho años de su muerte, la obra de Machado es ya un tesoro inagotable de poesía, un valor diáfano de nuestra lírica; una voz ya eterna que, por serlo, cada día se enriquece y cobra más vida; una voz entrañablemente española y popular que, después de cada relectura de sus versos, retorna a nuestra alma con la más pura luz de la poesía.

Es Machado el poeta auténticamente español de nuestro tiempo y es, a la vez, la cima ejemplar de la lírica de nuestros días. Mientras por doquier se alzaban, en agresivo ademán invocador, nuevas voces, tumultuosas corrientes que buscaban angustiosamente nuevos suelos y subsuelos para la poesía, Machado abonaba con su canto la tierra secular, los temas eternos de la lírica, y todo aquel encendido huracán de ismos, todo el viento helado de esa o aquella poética, pasaba por su lado sin estremecer en absoluto la roca firme de su poesía. Y ésta, como un árbol que se nutriera de jugos cada vez más vitales, crecía extendiendo la ancha sombra de sus gruesas ramas sobre débiles arbustos o fugitivas floraciones. Cima poética la suya conquistada a la ley muchos años antes de su muerte y antes también de que Machado se convirtiera, en horas de soledad y de angustia para nuestro pueblo, en la expresión luminosa de su alma, en su clara conciencia, en su conciencia poética.

Los “puros” que hablan venenosamente de su poesía política o de su propaganda rimada de los años de guerra; los “puros” que

*Publicado en *Las Españas*. México, núm. 4, 29 de marzo de 1947, pp. 8-10.

esbozan una sonrisa compasiva o una mueca despectiva al leer su soneto a Lister, olvidan que esa poesía que tratan de escarnecer no es más que la natural desembocadura de un ancho y sereno río lírico que arrastra las mismas aguas desde su nacimiento. Y los que fruncen los labios, en un forzado gesto de dolor por estéril sacrificio —según ellos— del poeta que compartió las amarguras de su pueblo, olvidan también que a esa poesía le habría faltado algo, si Machado no hubiera podido cumplir con su vida dolorida, con su muerte callada en el destierro injusto, esa palabra que había derramado por su obra.

De ahí que, al evocar hoy su muerte, nos haga temblar de emoción esa peregrinación de Machado con su pueblo a través del sufrimiento a la que sólo la muerte puso fin; ese ejemplo inapreciable de conjunción plena de vida y poesía, de palabra y conducta que Machado nos ofrece. Por encima de cualquier otro valor, pongamos hoy el de ese ejemplo maravilloso de fusión de vida y poesía ante la muerte. Destaquémoslo, sí, porque en estos años hemos visto también el reverso de la medalla: la traición de la vida a la poesía y, lo que no es menos grave, la traición de la poesía a la vida.

Si quisiéramos encontrar en su obra y su conducta una constante que como una luminosa veta corriera una y otra vez, podríamos hallarla en su reconocimiento de un límite permanente que Machado se resiste a trasponer. Lo que anhela es mantenerse siempre dentro de ese límite que unas veces él mismo se ha trazado o que otras le ha sido impuesto inexorablemente. Lo que más detesta es el afán de saltarlo, porque ello equivaldría en él a una huida, a una evasión. Fidelidad y evasión, contención y huida: he ahí los polos positivo y negativo que Machado ve en la poesía y en la vida misma.

El primer límite es el tiempo. La poesía es para Machado “diálogo del hombre con el tiempo” o “la palabra en el tiempo”. Y la vida es para él un devorar tiempo. Saltar sobre el tiempo, huir de él, abrir puertas ilusorias por donde escapar no sólo es una empresa estéril, condenada irremediabilmente al fracaso,

sino también una empresa sucia, de oscuro mérito, para el poeta y el hombre. De ahí que haya labrado ese postulado vital y poético que nunca ha traicionado: ser fiel al tiempo, a su tiempo. No huir, sino sumergirse en él hasta que toda la poesía rezume temporalidad, fidelidad al tiempo.

La guerra —qué mejor piedra de toque— nos mostró cómo Machado cumplió su palabra. Su poesía y su conducta jamás trataron de acogerse a muertos relojes que dieran una hora muerta, sino a la angustiada y dramática, pero viva, hora española. Machado fue fiel a su tiempo.

Poesía de límites, la suya. Ni más acá, ni más allá. En el punto exacto, en el nivel justo, en la hora de España.

Segundo límite: el hombre. Una poesía cargada de temporalidad, limitada en el tiempo, habría de ser, a la vez, una poesía profundamente humana, para la que todo lo extrahumano le fuera ajeno. Ni infrahumana, ni suprahumana. Sencillamente humana. Una poesía y una vida que reconozca también como valor supremo el de ser hombre.

De ahí que comentando el viejo adagio castellano: “Nadie es más que nadie”, Machado, aguzando su fino oído de catador de las sentencias populares, lo interpretara así: “Por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre”.

Ser hombre, así, a secas: he ahí el programa vital que Machado nos ofrece. Programa sencillo, en apariencia; programa que millones de españoles cumplieron y están cumpliendo hoy. Pero programa difícil para los Benavente, Ortega, Baroja o Azorín, que encontraron más fácil conservar ciertos valores antes que el valor supremo que Machado reconoce: el de ser hombre.

Machado, por el contrario, cumplió su palabra. La guerra española mostró en forma inequívoca su fidelidad a ese principio. Ni más acá ni más allá del límite: nada más ni nada menos que toda ella, que cuando criminales bayonetas no le permitieron permanecer en ella y hubo de cruzar sus límites, lo hizo tan sólo para abrazar la muerte. Tan hondamente latía su corazón con España. He ahí la lección, la ejemplar lección de su muerte.

Machado murió en el momento en que se vio forzado a trasponer los límites de España.

Cuarto límite: el pueblo. Machado no puede comprender cómo es posible salir de él, huir de él. Fuera sólo cabe el vacío espantoso del señoritismo. “En España — dice, y dice bien — casi todo lo grande es obra del pueblo”. Fueron éstas palabras suyas pronunciadas en el momento en que el pueblo español demostraba que era digno de ellas. Pero años antes había dicho lo mismo: “Escribir para el pueblo ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos — claro está — de lo que él sabe”.

Machado no quería pasar por encima del pueblo, encerrarse en una torre de marfil. Por ello despreciaba a los filósofos que tratan de aterrorizarnos con fárragos de verdades muertas y “en tiempos de combate se dicen siempre *au dessus de la mêlée*”. Bien es verdad que “es más difícil estar a la altura de las circunstancias” que por encima de ellas. De ahí que los que hayan llamado a su poesía de guerra, poesía de circunstancias, lejos de herirlo lo hubieran enorgullecido.

Toda la obra de Machado está impregnada de ese respeto, de ese amor al pueblo. Y su vida se conformó siempre a lo que había expresado su poesía. En la guerra, Machado no fue de aquellos que volvieron la espalda al pueblo, después de haber pasado toda una vida exaltándolo en su obra. Machado estuvo a su lado, y de una manera viva. Nadie como él sufría con sus sufrimientos y compartía sus alegrías y esperanzas.

Recuerdo, a este propósito, una visita que le hice en Barcelona, para llevarle un obsequio de Lister y su comisario Santiago Álvarez, que hoy tras las rejas de una prisión de Alcalá de Henares justifica con su conducta ejemplar la fe y la esperanza que Machado siempre puso en nuestro pueblo. Sentíame feliz al encontrarme con la oportunidad de saludar a don Antonio y de acercarme a él con la timidez propia de un aprendiz de poeta. Me las prometía muy felices al poder hablar de su obra y en las horas trágicas que vivíamos imaginarme un poco en el mundo de

la poesía de Machado junto a su propio creador. Pero en aquella entrevista, larga por cierto, apenas si tuve tiempo para articular palabras que no se refirieran al frente. Machado se interesaba por los aspectos, en apariencia, más insignificantes de la vida de nuestros soldados. Como un padre que pregunta amorosamente por sus hijos, una sombra de tristeza y de rabia contenida cruzaba el rostro de don Antonio cuando le hablaba de las terribles condiciones en que luchaban nuestros hombres —acabábamos de sufrir el desastre del Este— y sus ojos brillaban con orgullo paternal cuando le exponía la decisión, la moral de nuestros soldados y las cualidades ejemplares de sus jefes, Lister y Santiago. Comprendí, entonces, cómo la voz que tantas veces había escuchado en la intimidad solitaria de la lectura de sus versos era algo más que su voz personal: era la voz de nuestro mismo pueblo, su conciencia misma.

A nadie puede sorprender que Machado, el hombre que nunca hubiera podido vivir sordo a los dolores, amores, angustias y esperanzas de su pueblo, caminara con él paso a paso por el calvario de nuestra guerra. Y de ahí que él, que nunca hubiera podido encontrar una salida menos trágica, se incorporara a la dramática caravana que cruzó los Pirineos, fundido, como un soldado más, como un español más, con los hombres sencillos, pero fuertes de corazón, de su pueblo. Traspuso así los límites de su patria, pero sólo para toparse con el límite supremo: la muerte.

Para encararse con ella, el poeta estaba ya preparado. La muerte es cosa de hombres, había dicho antes. Saltar ese límite no era pequeño problema. O como también dijera: “Eso de saltarse la muerte a la torera no es tan fácil como parece [...] porque en todo salto propiamente dicho la muerte salta con nosotros”. No. Machado no quería oír hablar de saltos ni de huida. Sí, él quería afrontarla cara a cara, sin narcóticos ilusorios ni consuelos puestos más allá del tiempo, del hombre o de la muerte misma. Estoica, serenamente saludó a la muerte. Y en Collioure, al llegar ésta, se enfrentó a ella como siempre lo había previsto: “Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca

ha de tornar, / me encontraréis a bordo ligero de equipaje / casi desnudo, como los hijos de la mar”.

Una vez más, Antonio Machado reconocía el límite, esta vez el eterno límite de la muerte, y se detenía en él, sin volver los ojos atrás, ni intentar la huida. De esta manera, en la muerte misma, su vida, por última vez, permanecía fiel a su poesía.